

# LA SAETA

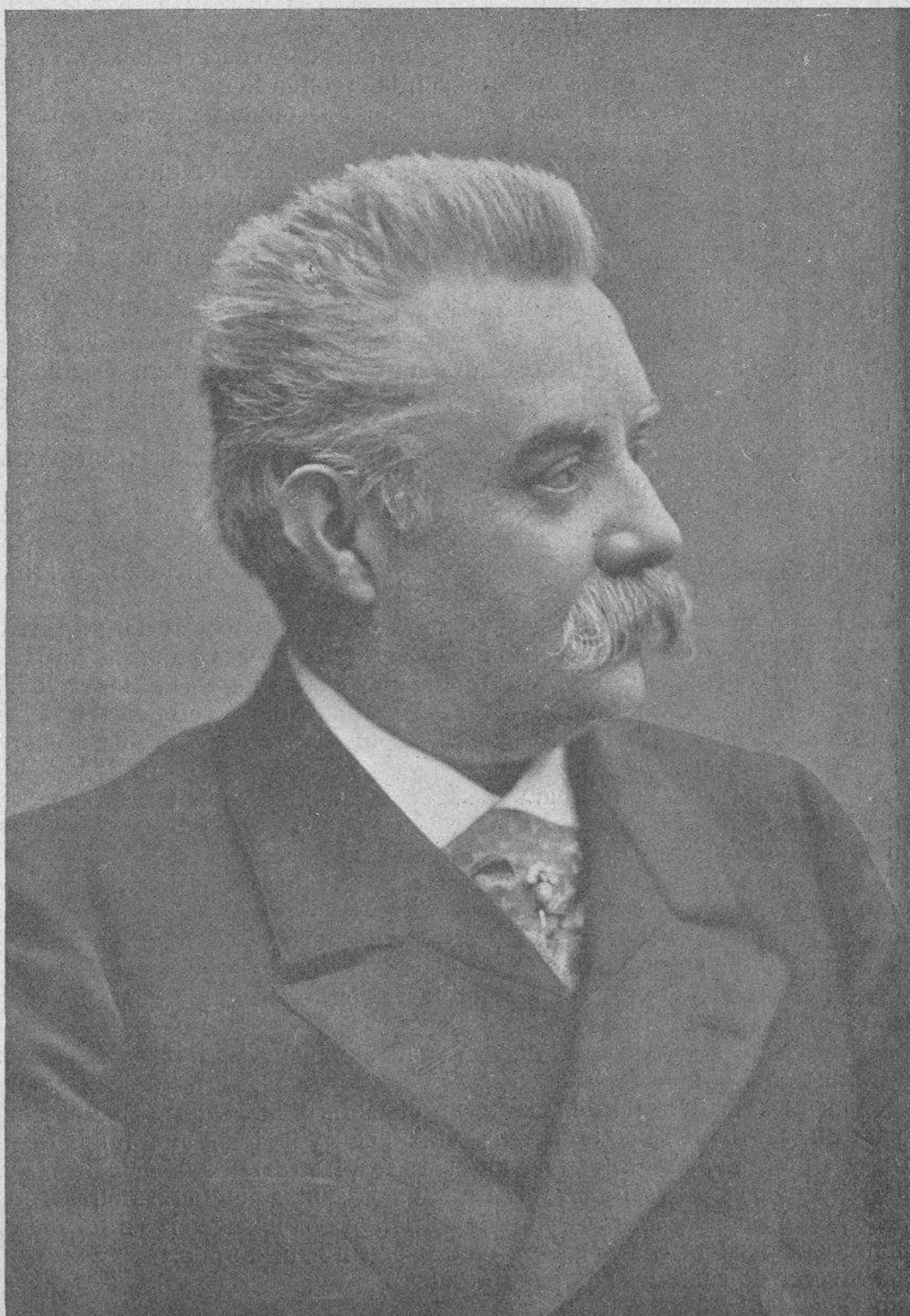
SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 26 DE NOVIEMBRE DE 1896

NÚM. 314

NUESTROS MUSICOS



FEDERICO CHUECA.

# MADRID POR HORAS

Con motivo del último matrimonio clandestino, se han sacado á relucir las famosas Agencias matrimoniales.

Antes, solamente en el extranjero existían; pero hoy, hasta en las capitales de quinto orden asoma la oreja algún industrial casamentero con casa puesta.

Son como sucursales de la Funeraria ó de algún Centro médico, y á veces funcionan en combinación por abono.

Seis reales al mes, médico *gratis*.

Tres pesetas, médico con mujer (para casarse, por supuesto) y papeles y *pasos*, también *gratis*.

Por una pesetilla más, entierro pagado para ambos.

En fin, el acabóse. Sociedades modernas con todos los adelantos. Algunas, á más de esto, proporcionan el ama de cría, el colegio, y el seguro sobre la vida del abonado.

Pero, volvamos á las Agencias matrimoniales.

Ya saben ustedes que tienen por objeto casar á dos personas distintas por medio del contrato de conveniencia á dúo, ya sea por medio de la fotografía mutua ó por referencia simple de la casa.

Los agentes son, por lo general, caballeros bien trajeados con acento francés, que lo mismo comercian con el amor puro y sacrosanto, que con la escofina Losada.

Por una corta cantidad arreglan la boda más costosa y conveniente á las partes.

Por ejemplo:

Boda de úos jóvenes ideales (de diferente sexo), con intereses complementarios, aunque feos.

De una soltera vitalicia del 69, *que presta*, con un sietemesino agonizante. (Se exceptúan *las Filomenas*.)

De un viudo rico, ex vista de Aduanas, ocho hijos y la gota, con una joven procedente de saldos y quiebras, ó viceversa.

A lo mejor, leemos, ó traducimos (aunque esto también es leer):

«Una señorita de nacionalidad inglesa y de familia de lores (y de comunes), pretende contraer matrimonio, según dispone el Santo Concilio de Trento, con un español descendiente de árabe y andaluz, y en cualquier posición, por violenta que sea. Dirigirse con el retrato á la Agencia... tal..., en London.»

Estas ninfas, con reclamo, suelen ser muy caprichosas y originales, pues unas exigen un lunar local, otras unos ojos negros románticos, etc.

Los jóvenes en estado de merecer, leen los periódicos, especialmente los ingleses, en busca de proporción.

Viriato, no el guerrero, sino el dependiente de drogas de la calle de la Berengena, leyó en *The Times* el siguiente anuncio:

«Miss, con dos mil libras de renta, soltera, sin descendencia recta ni acreditada, desea enlazarse con un hidalgo español que use barba negra y tenga el tipo árabe puro.»

Leerlo Viriato González y enviar su retrato, fué todo uno. A los pocos días recibió contestación diciéndole que *sí*, y enviándole dinero para ir á Liverpool, lugar de la catástrofe.

Llegó felizmente. En la estación le aguardaba un *mister* con cara de pastor protestante, acompañado de un perro chato.

Viriato vió que le llamaba con el paraguas, reconociéndole espontáneamente, y se arrojó en sus pastorales brazos.

—¿Y mi prometida? ¿Y mi papá político? — exclamó.

— Han ido esta mañana á Cayo Hueso á comprar cartuchos filibusteros.

—¿Luego, usted no es de los míos?

—Yo soy un agente de la Sociedad de Matrimonios. Venga conmigo y nada tema. Ahora al hotel, hasta el regreso de su prometida.

Viriato pasó, efectivamente, una temporadita en la fonda, engordando mucho y tocando el violín, que era su flaco.

Más tarde, se encontró casado de la noche á la mañana con una mujer que parecía un bacalao de Escocia filibustero.

Además, todas las mañanas le hacía tocar el violín y la guitarra, metido en un baño de esencias, para que no perdiese el aroma de Andalucía, y le hizo una funda de hule para la *barba negra*, que no le dejaba quitar más que para ir á las carreras de caballos.

Casi todas las noches, le vestía de *bardo* y le hacía cantar peteneras detrás de un biombo.

Al fin se cansó Viriato, y un día que se le introdujo mucha esencia en los oídos, le encontró su media naranja filibustera con la cabeza metida en un baúl-mundo.

Se había divorciado como los equipajes gordos.

¡En gran velocidad!

JOSÉ BRISSA

ALREDEDOR DEL MUNDO



BOLONA. — PANORAMA DE LA CIUDAD VISTO DESDE SAN MIGUEL DEL BOSQUE.

# LA MALDICION DEL BARDO

En remota edad pasada,  
De un castillo los blasones  
Atraían la mirada  
Por cima de los terrones  
Desde la mar azulada.

Y de condición tan dura  
Como la hoja de su espada,  
Su palabra era tortura,  
Ira y fuego su mirada,  
Roja sangre su escritura.

Dijo el anciano al garzón:  
—Hijo, aviva en tu memoria  
Tu más sentida canción,  
Porque del rey es notoria  
La inflexible condición.—



UNA BODA EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, por P. H. Kaemmerer.

Dejando afuera el corcel,  
Penetran en la alta sala,  
Do bajo regio dosel  
Ven al rey, y junto á él:  
La reina, su mejor gala.

Él emanaba fulgores  
Como la luz boréal  
De siniestros resplandores;  
Ella provocaba á amores  
Cual luz de luna estival.

Y asiendo su arpa de oro  
El viejo la hizo vibrar,  
Ora con trino sonoro,  
Ora llena de pesar  
Cual voz de místico coro.

Y en concierto melodioso  
Resonó como lamento  
Del mozo el cantar sabroso,  
Que acompaña cadencioso  
Del viejo el profundo acento.

Cantan de amor y ventura  
La feliz pasada edad,  
De las damas la hermosura  
Cantan, y la libertad  
Ensalzan y la bravura.

Y da tema á su canción  
Cuanto ennoblece la vida  
Y da aliento al corazón:  
La virtud esclarecida,  
La sincera devoción.

Y en sus patios y alrededores,  
Daban sombra y grato olor  
Árboles y gayas flores,  
Y arroyuelos saltadores  
Bullian en derredor.

Fueron alegres un día  
Camino de aquel castillo  
Dos bardos de gran valía;  
Desde lejos relucía  
Del arpa el dorado brillo.

En la ancha sala el gentío  
Sus voces atento escucha:  
De Dios se acuerda el impío,  
Y ante él humilla su brío  
El que encaneció en la lucha.

En aquel castillo austero,  
Sentado en dorada silla,  
Reinaba un despota fiero;  
Pálida era su mejilla,  
Torvo su ceño altanero.

Cubierto de pelo cano,  
Caballero en un corcel,  
Iba el uno, que era anciano,  
Y á su lado iba galano  
Rubio y apuesto doncel.

Y la reina candorosa,  
De su ternura vencida,  
Al de la voz melodiosa  
Arroja en premio la rosa  
Que lleva al pecho prendida.

—A mi pueblo has sublevado;  
¿Y aun seduces á mi esposa?—  
Grita el rey desatentado,  
Y en ira crüel rebosa,  
Temblando como azogado.

¡Ay de ti, rey asesino,  
Azote del trovador!  
¡Plegue á Dios que el fiero sino  
Siembre, en vez de grato honor,  
Vil oprobio en tu camino!

De aquella altiva morada  
Atestigua el esplendor  
Una columna agrietada,  
Que tal vez quede allanada  
Antes del cercano albor.

Con la diestra enarbolada,  
Cual si fuera leve dardo,  
Clava la tajante espada  
En el pecho del gallardo  
Dueño de la voz preciada.

¡Plegue al cielo que te mueras,  
Sin lograr famoso nombre

Lo que fué jardín umbrío  
Hoy es arenal desierto;

Bajo el golpe matador  
El postrer aliento exhala  
el gallardo trovador;  
Y un murmullo de terror  
Zumba por la regia sala.

Desplomóse el cuerpo muerto  
En los brazos del anciano,  
Quien lo puso erguido y yerto,  
Del ancho manto cubierto  
Sobre su corcel galano.

Y cogiendo su arpa de oro,  
En la base de un pilar  
Con estadillo sonoro  
Hizo en astillas saltar  
Aquel único tesoro.

Y saliendo del portillo;  
Sobre el levadizo puente  
Se detuvo del castillo,  
Y así maldijo al caudillo  
Con voz que asorda al torrente:

—¡Ay de ti, morada altiva  
Que albergas al matador!  
Jamás oigas voz festiva,  
Y huya de tu derredor  
El bardo con planta esquivá.

Por el eco repetidos  
Retumben en tus arcadas  
Sólo quejas y gemidos,  
O las medrosas pisadas  
De esclavos envilecidos.

¡Ay de ti, jardín que dora  
Hoy la luz del sol de Mayo!  
¡Ay de ti, fuente sonora!  
Que os abrasen trueno y rayo  
Con furia devastadora.

Y que el huracán sañudo  
En un páramo os convierta  
Con su soplo fiero y rudo.  
Mirad esta cara yerta:  
Así os vuelva el cierzo crudo.

Por la sangre que vertieras!  
¡Y que te maldiga el hombre!  
¡Y seas pasto de fieras!—

Al cielo no rogó en vano,  
Ni fué hueca exclamación  
La amenaza del anciano:  
Cayó al suelo la mansión  
Que dió albergue á aquel tirano.

Se secaron fuente y río,  
Ni á flor alguna el rocío  
Baña en aquel campo yerto.

Núnca popular canción  
El nombre del rey refiere,  
Ni habla de él la tradición:  
Con eterno olvido hierre  
Del bardo la maldición.



UN BAUTIZO EN TIEMPO DEL DIRECTORIO,  
por F. H. Kaemmerer.

LUDWIG UHLAND



LA TARDE, por A. Aullet.

## BALADA DEL PROGRESO

Á LOS TRABAJADORES

Tristes lágrimas salen  
De vuestros ojos;  
La fatiga os arranca  
Suspiros hondos.

Mas la tarea  
Que aun os agobia.  
Es vuestra vida  
Y es vuestra gloria.

En las viejas edades  
Fué el hombre esclavo;  
La materia á su yugo  
Lo vió amarrado;

Mas él un dia  
Se alzó rebelde,  
Y así la dijo;  
—Yo he de vencerte!—

Sobre su frente noble  
Dios habia puesto  
De su luz creadora  
Claro destello;  
Que derretia  
Los eslabones  
De la cadena  
Que arrastró el hombre.

En su lucha de siglos  
Con arte y ciencia,  
Su dominio perdiendo  
Fué la materia;  
Que á la gran obra  
La mayor carga  
Hoy lleva dócil  
Como una esclava.

Transformada y vencida,  
Cón ella el genio  
Explora los abismos,  
Escala el cielo,  
Los astros pesa,  
Doma los mares,  
Y apaga el rayo  
Que á sus pies cae.

Su soplo infunde en ella,  
Y el lienzo anima,  
Toca el mármol, y surge  
La estatua viva;  
Y al arpa que hace  
De un leño tosco,  
Le da la tierra  
Sus cuerdas de oro.

Habla, y en breve instante,  
Sobre el relámpago,  
Atraviesa los polos  
Del verbo humano.  
Eternizarse.  
Quiere en el tiempo;  
Y el libro guarda  
Su pensamiento.

Naturaleza, madre  
Siempre amorosa;  
Que tu hierro y tus bosques  
Das, y tus rocas;  
¡Estéril seas,  
Si has de engendrarlos  
Para instrumentos  
De los tiranos!

Santa Cruz del trabajo,  
Quien te maldice  
No sabe que lo elevas  
Y lo redimes:  
Ni espinas (¡ciegos!)  
Caer ha visto  
De la corona  
De su martirio.

Niños, mozos, ancianos,  
Pobres mujeres;  
Trabajadores todos  
¡Alzad la frente!  
Cada conquista  
De ciencia y arte.  
La hiel endulza  
De vuestro cáliz.

VENTURA RUIZ AGUILERA

# EL CANTO DEL CIRCO

(DE VÍCTOR HUGO.)

César, ¡emperador augusto y fuerte!  
Hoy, para enaltecerte,  
Los pueblos todos á tus pies acudan.  
Herederó feliz del gran Augusto,  
¡Oh príncipe inmortal, príncipe justo!  
Los que la muerte esperan te saludan.  
Sangre humana á raudales  
César no más en vuestras aras vierte,  
Oh dioses inmortales,  
A la pálida Muerte  
Invita á los festines de su corte;  
Y de sus monstruos despoblando al mundo,  
Juntos con lanza al combate tremebundo  
Tigres de Hircania y bárbaros del Norte.  
Los colosos de bronce y de granito,  
Los vasos de alabastro, las banderas  
Decoran el circuito  
Da la liza fatal. Nubes ligeras  
Perfuman gratas el espacio inmenso  
Con oriental aroma,  
Y el olor de la sangre y del incienso  
Aspira muelle la triunfante Roma.  
Ved: de repente abiertas,  
Sobre sus quicios resonantes crujen  
Y giran las cien puertas;  
Entra el pueblo en tropel. Los tigres rugen  
En su jaula cerrada;  
Cual desbordado río va creciendo.  
Así con sordo estruendo  
Se esparce el pueblo-rey de grada en grada.  
Ambos ediles con triunfal decoro  
Siéntanse en sillas de marfil y de oro.  
Hipopótamos, negros cocodrilos  
En el ancho canal nadan tranquilos.  
Llevan el fuego santo  
Castas vestales, y en virgineo coro  
Preludian puro el religioso canto,  
Llama la meretriz casi desnuda  
Las miradas ardientes;  
Cubierto de su augusta laticlava,  
Alza la frente el senador ceñuda,  
Y sentado entre reyes obedientes,  
Allá en la turba esclava  
Uno por uno cuenta sus clientes,  
A la voz del tribuno, con sus lanzas  
Van á guardar los pretorianos fieles  
Del estrado imperial los escabeles;  
Entonan alabanzas  
Los sacerdotes salios á Cibeles;  
Y al compás de satíricas canciones,  
Mientras llegan las víctimas, con danzas  
Divierten á la plebe los histriones.  
¡Hedlas allí!... Y aplaude y amenaza  
El pueblo sin piedad á esos vencidos,  
Que la guerra conduce á la ancha plaza  
De los mudos desiertos encendidos  
De la Libia, ó las selvas que en la sombra  
La Germania ocultó. Su obscura raza  
Dice el lictor y sus naciones nombra.  
¡Pobre rebaño que guardó la suerte  
Para el placer del pueblo y del monarca,  
Y con el sello horrible de la muerte  
La mano sin piedad del cónsul marca!  
Abatida la frente, los judios  
Tristes van, y parece que les venza  
Reprimida vergüenza,  
A los galos bravios  
El horrendo espectáculo no abate;

Los infames cristianos,  
Inermes á su Dios alzan las manos,  
Y mueren sin orgullo y sin combate.  
Y el pueblo grita y anhelante espera,  
¡Y ya las fieras tardán!  
Del calor y la luz del trono guardan  
Cándidos velos y doseles rojos,  
Para que el sol no hiera  
Del pio emperador los santos ojos.  
César, ¡emperador glorioso y fuerte!  
Hoy para enaltecerte  
Los pueblos todos á tus pies acudan;  
Herederó feliz del gran Augusto,  
¡Oh príncipe inmortal, príncipe justo!  
Los que la muerte esperan te saludan.

TEOFORO LORENTE



RAYO DE LUNA, por A. Aublet.

GALERIA ARTISTICA



EL ENTIERRO DE OPLIA, por J. Nin y Tudó.



EL DANTE, por J. L. Gérôme.

## ESPERANDO AL NOVIO

- ¡Las ocho!... ¿oyes, mamá? ¡han dado las ocho!
- ¡Qué inquietud de muchacha!
- ¡Es que ha estallado en mí una sublevación de nervios!
- Pues hay que sofocar ese movimiento... subversivo.
- ¡Las ocho y Pepito no parece! ¡pues qué! ¿ya no consulta para acudir á mis citas el cronómetro del amor? Cualquiera diría que usa reloj... de marido, que anda siempre atrasado. ¡Pero esto no quedará así! Es necesario que hoy mismo pidas explicaciones á ese... *caballero*. De lo contrario, obligaré á papá á que se bata con él... ¿Dónde está papá?
- En la azotea.
- ¿En la azotea con este huracán?
- En la azotea con huracán y todo.
- ¿Y qué hace allí?
- Experimentos científicos. Ya sabes que tiene ambición de gloria y que quiere legar su nombre á la posteridad. Al principio se preocupó de la navegación aérea, pero viendo el desgraciado éxito de sus ensayos, ha limitado á más baja esfera sus aspiraciones, aunque sin abandonar su idea de ilustrar el nombre que lleva con un descubrimiento que le haga famoso. Cree que por ahora la dirección de los globos es una utopía y consagra su talento á la solución de otro problema de indiscutible utilidad en días de huracán deshecho, en que todo vuela y en que no es posible transitar por las calles.
- Pero en resumidas cuentas, ¿qué busca?
- La dirección de los paraguas.
- Papá está loco.
- ¡No dirán lo mismo los transeuntes... de la posteridad!
- Mejor sería que papá pidiese explicaciones á Pepito.
- Los sabios como él no se preocupan de esas fruslerías
- ¿Fruslerías llamas á mis amores? ¿No se casó contigo papá?
- Sí, se casó conmigo, efectivamente; pero entonces todavía no era sabio... ó al menos lo ignoraba, pues no lo supo hasta que se lo dijo un periódico: la sabiduría es célibe; la tontería es la única que frecuenta el templo de Himeneo.
- Mamá, parece imposible que digas estas cosas.
- Hablo por boca de ganso; es decir, por boca de tu padre.
- ¿De manera que si Pepito cometiese la traición aleve, la negra infamia de venir... á las ocho y cuarto, quedaría impune y sin castigo? ¡Mamá, tú no me quieres!
- ¡Pero, hija! ¿quién ha pensado en ofenderte?
- ¡Pepito! Cuando no está aquí, prueba que no me ama.
- O que se lo ha llevado el huracán... ¡Es tan ligero este chico! ¡ahí tienes! ¡si se hubiese descubierto la dirección de los paraguas!...

—¡Ay de mí! ¡Cuán desdichada es mi suerte!

—¡Pues no llora la muy tonta! ¡Cálmate mujer!

—¡Imposible! Mi alma se deshace en lágrimas y mis ojos se anegan en esa inundación del sentimiento que acabará por ahogarme! Porque es indudable que Pepito ama a otra; de lo contrario, ¿cómo se explicaría esa tardanza sin precedente en los fastos, ya infaustos, de nuestra pasión? Pero yo me vengaré de ese monstruo y seré... del primero que me quiera; á Dios gracias, mis ex novios no han abandonado aún el culto de mi hermosura. Como tenga Pepito el descaro de presentarse ante mis ojos, le pondré de patitas en la calle.

—Vamos, hija, no digas desatinos; por ese camino no llegarás nunca á la vicaria; hay que subir la agria cuesta que te separa de ella con la cruz de la resignación en el alma, y una vez en la cumbre... una vez en la cumbre, tiempo te queda para clavar en esa cruz á tu marido. ¡Ay, hija mía! En los tiempos que corremos, los novios vuelan muy alto y no hay perdigonada de suspiros y miradas que les hiera y derribe á nuestras plantas; es necesario recurrir al lazo del engaño para atraerles; nada de invectivas en los labios, nada de relámpagos de ira en los ojos. Sea tu corazón blanda cera á sus caprichos y no dura roca en el mar de su vida, porque temerá estrellarse en ella en cuanto sople viento de tempestad. ¿Que comete algún pecadillo venial? Haz la vista gorda. ¿Qué falta algún día sin motivo justificado á la visita oficial? No le pidas explicaciones de ningún género y ponle buena cara: la docilidad es lo que más enamora á los hombres en la mujer, y lo que conviene es que formen de nuestro carácter una idea que les haga mirar sin espanto el matrimonio y crean candorosamente que han puesto su cariño en corazones de paloma. No enseñes á tu novio los grilletes antes de entrar en la cárcel, y no agites en las manos las cadenas que han de sujetarle á tu albedrío; sean tus amores y tus sonrisas las flores que oculten esos hierros, cuya vista acobarda al más valiente y apasionado: que vea en tus ojos resplandores de sol, no reflejos de acero, pues la mirada de una novia debe brillar como la luz de los cielos, no como espada desnuda... Créeme, hija mía; á los hombres no hay que enseñarles los dientes antes de tiempo, sino cuando no tienen escapatoria.

—Y después, ¿quién le domestica?

—Una vez en tu poder, harás de él lo que quieras en el yunque del amor y bajo el martillo de tu voluntad; pero eso sí, ¡en caliente! porque si dejas que se entibie su entusiasmo, machacarás en hierro frío. En los primeros tiempos del matrimonio es cuando toda mujer puede *forjarse* un marido á medida de su gusto.

—No obstante, ¿y si más tarde se rebela contra mi autoridad de esposa?

—Declaras su corazón en estado de sitio y no resistirá á un asedio... por hambre... Desengáñate, cuando un hombre tropieza con un carácter firme y decidido, no tiene más remedio que capitular y rendirse á discreción. Primero, rienda suelta para que trote á su antojo por los campos de su capricho; pero después se refrena poco á poco su marcha y se le conduce adonde una quiere, aunque relinche de furor al sentir la espuela de nuestra voluntad.

—¿Y si se desboca?

—¡Deja que se desboque! Ya verás como se cansa y vuelve mustio y dócil á tu lado. Lo que conviene es no asustarle ahora con exigencias intempestivas, ni tratarle como se trata... á un marido. ¡Ay, hija mía! Tú no sabes lo que me costó á mí pescar uno; años y años me pasé echando el anzuelo, hasta que se lo tragó el atún de tu padre. ¡Y eso que veinte años atrás no estaban los tales peces tan *escamados* como ahora!

—¡Bah! ¿crees que es tan difícil pescar marido?

—¡No lo sabes bien hija mía! Por eso me estremece la idea de que Pepito rom-



LA VIRGEN DEL CONSUELO, por Bouguereau.

pa las redes de la seducción donde le tienes preso, porque si se escabulle... ¿cuándo caerá otro?

— Con todo, yo creo que papá debe pedir una explicación á mi novio.

— Ya sabes que no hay que contar con tu padre para nada, hasta que no pase el huracán.

— ¡Pues me gusta la calma!

— Los sabios son así: cuando creen estar á punto de resolver un problema científico, por nada de este mundo abandonan sus experimentos á sus cálculos, aunque el cielo se desplome sobre sus cabezas ó aunque el suelo se hunda bajo sus plantas. Cuando el cura al pie del altar, preguntó á tu padre si me quería por esposa, ¿sabes qué contestó? ¡eureka! y soltando mi mano, salió corriendo de la iglesia en medio de la estupefacción general; todos crían que se había vuelto loco. Recuerdo que mi pobre madre se arrojó en mis brazos llorando á gritos y diciendo: —¿Quién será *Eureka*?— ¡Alguna perdida! observó mi padre, retorciéndose el bigote con furor y paseando en torno suyo una mirada imponente. —Es necesario aclarar ahora mismo este misterio, agregó la primera, dirigiéndose á su esposo; anda en busca de ese infame, y si le encuentras con la *otra*... no desmientas la altivez de tu raza: ya sabes que descienes de los Doce Pares de Francia. Mi padre, que ardía en deseos de vengar la afrenta recibida, se fué en derechura á casa de su presunto yerno, al cual pidió explicaciones sobre la escandalosa escena ocurrida...

— Y papá ¿qué contestó?

— Que acababa de resolver el problema de la navegación aérea y que estaba decido á no volver á la iglesia sino en globo. Desgraciadamente fallaron sus cálculos, como de costumbre, y sospechando mis padres que si yo tenía que ir por los aires á casarme, corría gravísimo riesgo de quedarme soltera toda la vida, le obligaron con buenas razones á cumplir su palabra. —Si no podemos ir todavía en globo á la iglesia, decía mi pobre madre con mucha sensatez, ¿qué importa? iremos en carruaje: afortunadamente, hace ya mucho tiempo que se ha descubierto la dirección de los coches.

— ¿Oyes?... ¡llaman!

— Será Pepito.

— ¡El es! únicamente él llama de este modo... ¡Infame! no sé si podré contenerme.

— ¡No hagas disparates, mujer!

— ¡Quién sabe de donde viene!

— Lo que importa saber es á donde va, y creo que se dirige á la vicaría.

— ¿Y he de ahogar en el corazón la ira que pugna por saltar en rayos á los ojos y en apóstrofes á los labios.

— Esas escenas, hija mía, se dejan para más tarde: si el novio sabe lo que espera al marido... lo más probable es que el marido no venga.

CASIMIRO PRIETO



LA FLOR PREFERIDA, por J. Worms.

# PERFILES

## y Bonitas



Aquí me tienen ustedes, carísimos lectores, de vuelta de París, maravillado de cuanto allí he visto, pero más enamorado que nunca de mi querida España.

No achaquen ustedes á patriotismo cursi esta exclamación natural y espontánea, que explicaré á su debido tiempo, ni crean que voy á hablar pestes de los franceses, ni menos de las francesas.

¡Qué francesas, amigos míos! ¡Qué parisienses!  
Son capaces de volver el seso al más casto José.

¡Qué elegancia la suya, qué distinción, qué *chic*, qué *bel esprit*!

El que no peca en París ó es un santo ó no tiene una peseta.

Eso sí, allí abundan las tentaciones; pero es muy caro el pecado.

Un paseo por los grandes bulevares; una noche en el *Folies-Bergère* ó en e *Moulin-Rouge*, es una especie de suplicio de Tántalo sensual, valga la frase, del que no sale muy bien parada la moral ni los honestos pensamientos.

¡Qué desfile de cabecitas coquetonamente tocadas, qué sombreritos tan monos y tan graciosamente llevados! ¡Qué talles tan esbeltos, qué pies tan bien calzados, pisando menudito, y qué exposición ambulante de medias de seda cubriendo formas tentadoras!

En un artículo de doña Emilia leí hace tiempo que las españolas no saben llevar el sombrero. Ahora me he explicado lo que entonces me pareció una enormidad.

Hay que ver aquellos cromitos vivientes para comprenderlo.

La elegancia de la parisién ni es severa ni descocada, y participa de ambos extremos.

Hay algo en ella que respira fina sensualidad, algo voluptuoso, es más bella que majestuosa, tiene algo de fina bisutería, algo de *bibelot*.

Temo que he dicho muchos disparates por el afán de definir una cosa que es indefinible.

Ya dije en otro artículo que en París van muchas mujeres solas.

Suben á la imperial de ómnibus y tranvías, bajan sin hacerlos parar y caminan con el mismo desembarazo que un hombre, sin perder su graciosa coquetería.



Van solas á los cafés y á los restaurantes, comen leyendo un periódico, como solemos hacer los del sexo feo; pagan, dan su propina, se ponen su abrigo, saludan muy atentas, pero muy serias, y salen sin que nadie les diga:

—¡Viva tu madre! ¡Bendito sea ese cuerpo, resalada!

Nada.

Aquí la galantería tiene otro aspecto que en España.

No profundizaré en este punto ni en ningún otro porque no quiero incurrir en el ridículo error de los que quieren hablar de las costumbres y de los caracteres distintivos de un país por haber estado allí quince días.

Digo sólo lo que yo he visto, lo que yo he observado, las impresiones que yo he recibido, las que mis lectores habrían quizás sentido á visitar París como yo lo he visitado.

Quiero que participen de las emociones que yo he experimentado y que conozcan el París que conocen los que van allí por pocos días.

Y París no es para mí la Magdalena, el Panteón, el Luxemburgo, las Tullerías, el Louvre y los mil monumentos notables que encierra aquella gran capital.

París, entiendo yo que es la vida del bulevar, el café cantante, el baile público, lo típico, lo característico y sobre todo, la mujer, que dígame lo que se quiera, es la que da carácter más particular á un pueblo.

Así es que no se extrañen ustedes que escoja por tema de mis artículos, la feria de Montmartre, por ejemplo, los bailes del *Moulin-Rouge*, las *soirés* del *Folies-Bergère* y del *Casino de París* y otras especialidades por el estilo. Como tampoco dejaré de hablarles del Bosque de Buloña, de la torre Eiffel, del Sena, de los Campos Elíseos y de todo aquello que es célebre aquí y deseamos conocer los extranjeros cuando vamos allá.

En el número próximo escogeré para tema de mis cuartillas una noche en el *Folies-Bergère*, centro de todos los extranjeros que van á París, *rendez-vous* de las *cocottes* de alto coturno y bolsa del amor, con perdón sea dicho.



Allí es donde tuvo sus mayores éxitos la famosa Otero y su rival Lyane de Puggy y allí son ahora famosas la Cavallerí y la Karola.

Otro día les hablaré á ustedes del *Moulin-Rouge*, que es el acabóse y de la feria de Montmartre que no tiene encarecimiento.

Conque ya lo saben ustedes, la semana próxima, visitaremos juntos el *Folies-Bergère*.

VICENTE SUAREZ CASAÑ

## PROFESION DE FE

Dicen que de las mujeres hablo mal, y no es así. Allá va una prueba de ello; si una es poco, daré mil. Ni el sol con sus rayos de oro al cruzar por el zenit puede con vuestra hermosura ni un momento competir. Envidia tiene la palma de vuestro talle gentil; vuestros ojos son volcanes, vuestros labios son rubis

que como dos centinelas perfumados de jazmín. guardan preciosas murallas de perlas y de marfil. De vuestra tez la blancura á la nieve hace sufrir. Sois candorosas y humildes lo mismo que un serafín; sois auroras esmaltadas de oro, púrpura y zafir; vuestra alma es un paraíso por supuesto, sin reptil,

y el corazón es más tierno que el tallo de un alelí. En fin, sois tesoros, flores de indescriptible matiz. y más puras que las auras de las mañanas de Abril. Creo que estaréis contentas. Es tarde, voy á dormir. Dios mío, perdón te pido por lo mucho que menti.

RAMÓN DE MARSAL

## ENTRE UNAS TEJAS

En el tejado de mi guardilla  
Hay una planta muy amarilla,  
Que al cierzo helado tenaz resiste,  
Y á los embates del aquilón:  
Cuando la miro se pone triste  
Mi corazón.

En otros campos, bajo otro cielo,  
Las auras tibias, con blando vuelo,  
Pasan risueñas acariciando  
De otras mil plantas el tallo blando...  
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla!

Sobre las tapias de los jardines  
En donde trinan los colorines,  
Nacen las yerbas, nacen jugosas,  
Entre perfumes, y mariposas...

Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla!

Sobre las cimas de las montañas,  
En los cercados de las cabañas,  
Sus compañeras lozanas crecen,  
Y del sol gozan, y al sol se mecen...  
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla!

Mas... si á tu lado mi sér resiste  
A los embates del aquilón:  
Si junto á ella palpita triste  
Mi corazón;

Ya no está sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla.

JULIO ALARCON Y MELENDEZ



## LA LEY DEL EMBUDO

DOLORA

De su honor en menoscabo  
Faltó un esposo á su esposa:  
Ella perdonó amorosa,  
Y el público dijo:—«¡Bravo!»  
Faltó la mujer al cabo,

Harta de tanto desdén,  
Y el falso esposo ¿también  
Perdonó á la esposa?—No,  
El esposo la mató,  
Y el público dijo.—«¡Bien!»

CAMPOAMOR



## LA GUERRA

¡Yo soy la guerra!... Mi sangrienta historia  
manchada está con páginas de horror;  
¡pero á mi nombre apareció la gloria  
como los mundos á la voz de Dios!

El orgullo de mi frente se condensa,  
vaga á mis pies la errante humanidad,  
y de los siglos la cadena inmensa  
circuye mi soberbio pedestal.

Yo trastorno los ritos y las leyes.  
¿Quién á mi fuerza se podrá oponer?..  
Los cetros y coronas de los reyes  
cuál pobre escoria desharán mis pies.

Yo de los pueblos los destinos rijo,  
van la vida y la muerte de mi en pos.  
á los imperios sus linderos fijo,  
la esclavitud, la libertad soy yo!..

Mi fuerte mano los poderes crea,  
no hay potestad, ni fuerza sobre mí,  
la hidrofóbica sed de la pelea  
del mundo llevo al último confin.

Furia soy del averno desatada,  
espíritu indomable de Luzbel,  
proscrito al fin de la eternal morada  
por marca horrenda á su rebelde ser

Mi altiva frente á su furor destella,  
mi palabra es el trueno... ¿quién cual yo?  
En donde poso mi sangrienta huella  
la multitud me aclama como á un Dios ..

Oh! viva el mundo para siempre en guerra,  
no depondré la lanza ni al carcax;  
los soberbios magnates de la tierra  
al carro uncidos de mis triunfos van...

Yo arrancaré de mi corona altiva  
flores que puedan adornar la sien.  
de héroe audaz, con bella siempreviva...  
¡yo le daré corona de Laurel!

¡Yo soy la guerra!... Mi sangrienta historia  
manchada está con páginas de horror!  
¡pero á mi nombre apareció la gloria  
como los mundos á la voz de Dios!

ENRIQUE BEDMAR

